

obligados á ofrecer que contribuirían al mantenimiento del ejército sueco, aun despues que se firmase la paz general. Solo esta condicion nos hace adivinar cuál hubiera sido la suerte de la Alemania si la fortuna hubiera continuado favoreciendo á Gustavo-Adolfo. Su muerte prematura salvó, por lo mismo, las libertades germánicas y la memoria de este héroe tal vez le evitó el dolor de ver á sus aliados armarse contra él para forzarlo á renunciar por una paz vergonzosa á todas las brillantes esperanzas que sus victorias le habian hecho concebir. Antes de su muerte, la Sajonia pensaba ya en abandonarlo; la Dinamarca veia sus conquistas con inquietud y envidia, y la Francia, espantada del continuo engrandecimiento de su poder en Alemania y ofendida del tono altanero que empleaba con ella, buscaba aliados que la ayudasen á poner un término á los triunfos del «Godo» y restablecer el equilibrio de las potencias europeas.

## LIBRO CUARTO.

Gustavo-Adolfo habia logrado establecer un lazo de union entre los soberanos protestantes de la Alemania; su muerte rompió este lazo, y los puso en la necesidad ó de volver otra vez á sus posiciones respectivas y aisladas, ó de formar una alianza. El primer partido debia indispensablemente hacerles perder las ventajas compradas con tantos sacrificios, porque estando solos, ni la Suecia ni ningun príncipe del imperio podia resistir á las fuerzas reunidas de la Liga y del emperador. Pedir la paz en semejante situacion hubiera sido someterse á las condiciones mas humillantes. Una nueva alianza era por lo mismo tan necesaria para obtener la paz como para continuar la guerra. El instante, por otra parte, era poco propicio para las negociaciones pacíficas: la muerte del rey de Suecia habia reanimado las esperanzas del partido imperial, á pesar de la derrota de Lützen, de la que se proponia conseguir una venganza solemne, puesto que el héroe



del Norte no existia ya y que los protestantes, cuando ménos por el momento, se encontraban sin gefe y sin principio de union. Orgullosos con estas ventajas, los católicos no estaban de ninguna manera dispuestos á sacrificarlas por el amor á la paz, á ménos que esta paz no les proporcionase la realizacion completa de todos sus deseos, y en este caso los protestantes no podian aceptarla sin firmar ellos mismos su ruina. Era, pues, muy natural que por ambas partes se preparasen á continuar la guerra. Pero estos preparativos, sobre todo para el partido de la reforma, eran difíciles, casi imposibles. Gustavo-Adolfo no debía mas que á su influencia personal los inmensos recursos que encontraba por todas partes, y lo que no era posible sino para él, habia desaparecido con su muerte.

La mayoría de los miembros de la Dieta, á quienes el temor que tenian á Fernando II habia obligado á someterse á la ley de un extranjero, se apresuraron á sacudir el yugo que no podia ofrecerles ya las mismas ventajas; otros procuraron apoderarse de la autoridad suprema que solo habian concedido á Gustavo-Adolfo, porque se sentian demasiado débiles para disputársela, y algunos, en fin, cedieron á las seductoras promesas del emperador y abrazaron la causa de este traicionando la suya. Los demas, oprimidos con el peso de una guerra que ya se habia prolongado durante catorce años, suspiraban por la paz cualquiera que esta fuese. Los generales del ejército protestante, que casi todos eran soberanos del imperio, no tenian un gefe reconocido, y ninguno de ellos queria someterse á recibir órdenes de un inferior, ni aun de un igual; la misma discordia reinaba en el consejo.

La Suecia no se encontraba en una situacion mas ventajosa: una niña de edad de seis años habia llegado á ser la

heredera del trono de Gustavo-Adolfo, y los obstáculos inseparables á una larga regencia no permitian confiar mucho en que el senado desplegara la energía que la gravedad de las circunstancias hacia necesaria. El génio activo del rey habia sacado á la Suecia de su esfera estrecha y oscura, para elevarla á una altura de la que no podia descender sin confesar que no habia sido nunca nada por sí misma, y que su posicion política no era mas que el reflejo de la gloria del grande hombre que por un momento la habia gobernado.

La guerra de Alemania habia agotado sus arcas y disminuido su poblacion, y la nacion sucumbia bajo un peso que no le proporcionaba en cambio ningunas ventajas, porque no tenia parte en el botin que enriquecia á la nobleza y á algunos soldados privilegiados. Durante la vida de Gustavo-Adolfo, podian considerarse las contribuciones que le imponian como un préstamo hecho á aquel monarca, y que su gratitud les pagaria con usura porque no podia dejar de prosperar en sus hábiles manos. Esta esperanza se desvaneció con su muerte, y el pueblo, cansado de sus sufrimientos, se negó á soportarlos por mas tiempo.

Sin embargo, el alma de Gustavo-Adolfo parecia animar á los hombres á quienes habia confiado la administracion de su patria. La gloria de la Suecia habia costado demasiado caro al pueblo, para que sus nobles representantes pudiesen consentir en renunciar á ella; no querian que fuese inútil la pérdida que habian tenido del mas grande y mejor de los reyes.

Forzado á escoger entre las calamidades de una guerra dudosa y las ventajas materiales de una paz que los mancillaba, el senado votó valerosamente por los peligros y por el honor, y el pueblo al admirar á esta asamblea de ancianos



que para defender la gloria nacional habian vuelto á encontrar toda la energía de la juventud, se sintió tambien valiente y grande como sus senadores.

Rodeado de enemigos íntimos y exteriores se armó el senado contra todos con tanta prudencia como heroismo, y trabajó por el engrandecimiento de un reino, cuya existencia estaba amenazada por todas partes.

La muerte de Gustavo-Adolfo y la menor edad de su hija habian despertado las pretensiones del rey de Polonia al trono de Wasa; y Ladislao, hijo de Segismundo, no descuidó medio para crearse un partido en el seno mismo de la Suecia. Este motivo decidió al senado á proclamar á la jóven Cristina y á encargarse de la regencia de la manera como la habia arreglado el rey ántes de su partida. Todos los funcionarios del país fueron convocados á Estocolmo para prestar juramento á la nueva reina.

Se tomaron medidas severas que hicieron imposible toda correspondencia con la Polonia; una ley especial puso en vigor las sentencias de proscripcion que los reyes anteriores habian pronunciado contra los herederos de Segimundo; y para asegurarse en todo evento una alianza poderosa contra la Polonia se estrecharon los lazos de amistad que unian á la Suecia con la Rusia. La envidia de Dinamarca habia desaparecido con el gran rey que la habia excitado; y la union entre estos dos Estados vecinos fué tanto mas íntima y sincera, cuanto que favorecia los secretos proyectos de Cristiano IV acerca de la jóven reina á quien queria casar con su hijo Ulrico. La Inglaterra y la Holanda renovaron al senado la seguridad de su afecto y lo instigaron á que continuase una guerra que habia comenzado tan gloriosamente. El gabinete frances, á quien su propio interes prescribia el deber de man-

tener la autoridad sueca en Alemania, se mostró mas dispuesto que nunca á sostenerla; porque Gustavo-Adolfo, que le causaba sospechas, no existia ya, y su política ilustrada le hacia comprender que al abandonar á la Suecia á sus propias fuerzas, no tardaria en celebrar la paz con el Austria, lo que nulificaria cuanto se habia hecho para debilitar el peligroso poder de esta casa. Robustecido de esta suerte por medio de alianzas poderosas, el senado de Estocolmo persistió en la noble resolucion de continuar hasta donde le fuera posible los vastos designios del rey. Seria injusto, sin embargo, elogiar sin reserva una resolucion á la cual el interes personal no era enteramente extraño. Es sin duda grande y hermoso preferir los peligros de la guerra cuando lo exige el honor nacional, á los goces de una paz incompatible con este mismo honor; pero en definitiva no eran ni el senado, ni la nobleza sueca, sino el pueblo y el imperio germánico, los que debian soportar el peso de la guerra.

Alejada del teatro de la guerra y sometida á formas administrativas siempre lentas y minuciosas, la regencia era poco á propósito para vigilar y dirigir por sí misma la parte activa que deseaba seguir tomando en los negocios del imperio germánico. Los intereses del reino en Alemania no podian ser bien defendidos sino por un solo hombre, digno de reemplazar, por decirlo así, á Gustavo-Adolfo. El canceller Oxenstiern, primer ministro, amigo íntimo y confidente de los mas secretos pensamientos de este monarca, y que era el único que conocia la naturaleza y el grado de sus relaciones con todas las cortes de Europa, debia necesariamente fijar la eleccion del senado.

El canceller Oxenstiern se encontraba en Hanau en la alta Alemania, cuando supo la muerte del rey. Esta noticia fué



mas terrible para él que para cualquiera otra persona, porque perdía el único objeto de las mas tiernas afecciones de su corazón y al único hombre capaz de realizar los proyectos de gloria y de prosperidad que habia formado para su país; y sin embargo, él fué el primero que encontró la fuerza de dominar su dolor. Su conciencia le decia, que solo él podia alejar una parte de los males que esta desgracia iba á atraer sobre la Suecia. Su génio perspicaz adivinó los obstáculos que le opondrian el desaliento de la Dieta germánica, las intrigas de las cortes, las irresoluciones de los aliados de Gustavo-Adolfo, la envidia de los gefes del ejército sueco y la repugnancia de los soberanos alemanes á reconocer la autoridad de una potencia extranjera. Comprendió toda la extension del peligro y se sintió con la fuerza de arrostrarlo. La consternacion que la muerte de su protector habia causado á los protestantes podia impelerlos, ya sea á firmar una paz onerosa con el emperador, ó bien á estrechar su alianza con la Suecia.

Para decidirlos á tomar este último partido, era preciso desplegar una noble confianza en sí mismo é ilustrarlos sobre sus verdaderos intereses. Desgraciadamente las formalidades indispensables para investir á Oxenstiern de los poderes que el senado acababa de confiarle, habia hecho perder un tiempo precioso que el partido imperial supo explotar en su provecho. La autoridad sueca estaba perdida en Alemania, si Fernando II hubiera seguido los prudentes consejos que le dió Wallenstein en aquella circunstancia. En vano quiso el generalísimo decidirlo á proclamar una amnistía general á fin de unir á su causa á todos los príncipes protestantes, ofreciéndoles condiciones favorables. Esta medida hubiera producido ciertamente el efecto que el duque de Friedland espera-

ba; pero la muerte de Gustavo-Adolfo habia exaltado á tal punto las esperanzas del emperador, que rechazó toda negociacion pacífica, y la España lo afirmó en el funesto proyecto de engrandecerse por medio de las conquistas que la continuacion de la guerra parecia prometerle.

Enriquecido con el diezmo de los bienes eclesiásticos que el Papa acababa de concederle, el gabinete de Madrid adelantó á Fernando sumas considerables, trató en su nombre con el elector y levantó tropas en Italia destinadas á afirmar el partido católico en Alemania. El elector de Baviera tambien habia encontrado modo de reorganizar un ejército, y el duque de Lorena, demasiado afecto á las aventuras para no aprovecharse del cambio que se habia efectuado en los negocios, se preparó á entrar en campaña. Oxenstiern, que temia ménos las hostilidades declaradas del partido imperial, que las vacilaciones y la perfidia de sus aliados, se apresuró á dejar la alta Alemania de cuya fidelidad se habia asegurado por medio de algunos tratados y de las guarniciones que puso allí para dirigirse á la baja Alemania, con el objeto de desbaratar con su presencia las perfidias que se urdian en este punto contra la Suecia. El elector de Sajonia, sobre todo, le era sospechoso. En efecto, este príncipe se habia ofendido tanto de la autoridad que el senado habia concedido á Oxenstiern, y que daba á un simple caballero el derecho de dictarle órdenes, que no tenia necesidad ya de otros consejos sino los de su amor propio para considerar como nulo el tratado que habia celebrado con Gustavo-Adolfo; pero vacilaba todavía entre la eleccion de uno de los partidos que queria tomar, el de reconciliarse con el emperador ó el de ponerle á la cabeza de los protestantes contra el Austria y contra la Suecia.



El duque Ulrico de Bruswick alimentaba proyectos poco mas ó ménos semejantes, que ni siquiera se tomaba el trabajo de ocultar; porque negó á los suecos el derecho de reclutarse en su territorio, y convocó á los representantes de los Estados de la baja Sajonia en Lüneburgo para celebrar una alianza con ellos. Solo el elector de Brandeburgo mostró todavía alguna fidelidad por sostener el honor de la corona sueca, porque se lisonjaba de verla algun dia sobre la cabeza de su hijo.

No obstante las disposiciones mal intencionadas de la corte de Sajonia, el canciller fué recibido en ella con mucha distincion, pero no pudo obtener sino promesas ambiguas, respecto á la duracion de su alianza. Mas dichoso fué en Brunswick, donde empleó un language mas enérgico. En esta época el arzobispado de Magdeburgo estaba todavía en poder de los suecos y solo el arzobispo tenia el derecho de convocar á los Estados de la Baja Sajonia. Gracias á esta circunstancia que supo explotar con tanta habilidad como firmeza, impidió que se reuniese la asamblea convocada por el príncipe Ulrico; pero le fué imposible conseguir el principal objeto de su viage, que era el de formar una alianza general con todos los príncipes protestantes del imperio. Obligado á limitarse á la cooperacion de los cuatro círculos de la alta Alemania, invitó á sus representantes á una conferencia que debia tener lugar en Ulm; pero sintiéndose bastante fuerte en esta parte de Baviera, cambió de opinion y designó la ciudad de Heilbronn para que se verificase esta reunion. Doce ciudades imperiales, la Francia, la Inglaterra y la Holanda enviaron á ella sus representantes, y un gran número de príncipes, de condes del imperio y los doctores de todas las universidades asistieron tambien como competidores.

Oxenstiern se presentó en esta asamblea con todo el esplendor de la corona, cuya magestad queria hacer respetar. Se habia reservado el derecho exclusivo de hacer las mociones, y él solo tambien dirigia las deliberaciones. Despues de recibir el juramento de fidelidad de todos los diputados presentes, pidió que declarasen terminantemente y por un testimonio auténtico que eran enemigos del emperador y de la «Liga.» Todos rehusaron dar este paso, que al quitarles la esperanza de reconciliacion con el partido imperial ligaba para siempre su destino con el de la Succia. Para dulcificar en cierto modo su negativa, dijeron que semejante paso seria una declaracion en forma y enteramente inútil, supuesto que los hechos hablaban bastante alto para probar que existia el estado de guerra. Una oposicion todavía mas fuerte suscitó contra los auxilios de hombres y de dinero que el canciller pedia á sus aliados. La máxima de este hombre consistia en obtener lo mas posible, y la de los diputados en dar lo ménos que pudieran. Por lo mismo Oxenstiern experimentó en esta ocasion, lo que treinta emperadores habian experimentado ántes que él, es decir, que nada hay en el mundo tan difícil como arrancar dinero á los representantes de los Estados de la Alemania. Por única respuesta le hicieron cuenta de las cantidades de dinero y del número de tropas que habian ya proporcionado: se quejaron amargamente de los excesos que cometian sus soldados, y en vez de aprobar los nuevos impuestos, pidieron por unanimidad que se disminuyesen los antiguos.

Oxenstiern no habia tenido nunca ocasion de familiarizarse con los obstáculos que las constituciones democráticas oponen á la voluntad de un solo individuo. Dispuesto siempre á obrar, é inflexible en sus resoluciones fundadas en la



justicia ó en las imperiosas leyes de la necesidad, no podía comprender la inconsecuencia de unos hombres que querían conseguir un resultado y rechazaban el único modo posible de llegar á él. Aunque por naturaleza era de un carácter impetuoso y violento, sabia contenerse, pero en esta ocasion hizo estallar su cólera. Convencido de que un lenguaje moderado haria creer que la Suecia se sentia débil, habló como señor.

Por otra parte, rodeado de los diputados y de los electores alemanes, se encontraba en una esfera desconocida, y las lentitudes y las dudas que caracterizaban todas las deliberaciones públicas del imperio, necesariamente debian desesperarlo. Desdeñando un uso consagrado por el tiempo, al cual habian tenido que someterse los mas grandes emperadores y que es tan adecuado á la flemas alemana, se negó á conceder á los diputados los diez dias de plazo que exigian para concluir el exámen de sus proposiciones por medio de discusiones escritas. No podia comprender qué necesidad habia de emplear tanto tiempo para deliberar sobre una solicitud que se debia conceder en el mismo momento en que se hiciera. La aspereza de su conducta con los diputados, no les impidió el darle un testimonio solemne de confianza, cuando les representó la necesidad de elegir un gefe y un protector de la alianza protestante en Alemania. Este protectorado fué unánimemente concedido á la Suecia, y con mucha humildad le suplicaron que la representase entre ellos. Instigados por los consejos del agente del gabinete frances que queria limitar el poder del canciller, agregaron al ofrecimiento que acababan de hacer la proposicion de asociarle un cierto número de comisarios, que, bajo el pretexto de ayudarlo á soportar el peso de los negocios, estarian encargados de la

caja, del reclutamiento y de los movimientos de las tropas. Oxenstiern protestó vivamente contra esta sobrevigilancia, y logró obtener una autoridad ilimitada en todo lo concerniente á las operaciones militares.

La cuestion de las indemnizaciones que al fin de la guerra podia esperar la Suecia de la gratitud de sus aliados, no se resolvió á la entera satisfaccion de Oxenstiern. Habia pedido la concesion formal de la Pomerania, pero los Estados se limitaron á prometer que las recompensas é indemnizaciones serian proporcionadas á los servicios que su gobierno les prestase. Esta circunspeccion tenia su origen en el temor de hacer á la Suecia demasiado poderosa. Si hubiera sido inspirada por el respeto debido á las constituciones del imperio que prohibia su desmembracion, los diputados no se habrian mostrado tan pródigos con el canciller á quien colmaron de regalos magníficos: y si el agente frances no hubiera trabajado activamente para contener los arranques de su generosidad tan imprudente como poco patriota, hubieran ofrecido al ministro sueco como un presente el arzobispado de Maguncia que ya poseia por derecho de conquista. Por último, si las determinaciones de este congreso no realizaron todas las esperanzas de Oxenstiern, por lo ménos habia obtenido para sí y para su gobierno la direccion de la guerra, la alianza con los cuatro círculos de la alta Alemania y un subsidio anual de dos millones y medio de reichsthaler. El senado no tardó en recompensar á los diputados por las concesiones que habian hecho al canciller.

El elector Federico V, reducido hacia mucho tiempo á una vida errante, á caminar humildemente con la comitiva de Gustavo Adolfo, en lo que habia acabado de gastar el resto de su fortuna personal, lo habia seguido tambien á la tumba.



Este desgraciado príncipe habia visto la muerte del rey de Suecia, como el último golpe de la fortuna que de nuevo lo entregaba al odio de sus enemigos, y sin embargo, esta muerte fué la que dió á sus herederos una posición superior á sus esperanzas. Solo el héroe del Norte habia podido permitirse el rehusar primero la restitución del Palatinado y concederlo después como un feudo de un soberano á su vasallo. Oxenstiern, que antes que todo debía dar una buena opinión á sus amigos y aun á sus enemigos, de su probidad política, no podia dejar de ser justo y equitativo. Devolvió por lo mismo á los herederos de Federico el Palatinado, con excepcion de Manheim que continuó ocupando hasta el completo reembolso de los gastos ocasionados por la conquista que hicieron de este país al enemigo que se habia apoderado de él. De esta suerte siguió dando á sus aliados pruebas de su justicia y agradecimiento, las que por otra parte nada le costaban á su gobierno.

La imparcialidad es el primer deber del historiador; por lo mismo, nos creemos obligados á hacer aquí una confesion poco honrosa para los soberanos protestantes de la Alemania. Hablaban continuamente de la justicia de su causa, y de la rectitud y constancia con que la defendian; pero la mayor parte de sus acciones no estaban inspiradas mas que por el interes y los odios personales; y el temor de verse despojados de sus Estados y de sus privilegios, tenia mucha menor parte en sus operaciones guerreras, que el deseo de destruir los privilegios y apropiarse los Estados de sus vecinos. Gustavo Adolfo habia conocido estas disposiciones antipatrióticas y se habia aprovechado de ellas. Cada uno de sus aliados alemanes debía recibir una ó muchas de las provincias del imperio, conquistadas ya ó que estaban por conquistar. La

muerte le impidió realizar esta promesa. Lo que el rey habia hecho por política, el canceller lo hizo por necesidad; así fué como el landgrave de Hesse Casel obtuvo, á título de feudo de la corona de Suecia, las abadías de Paderborn, de Corvey, de Münster y de Fuldes; el duque Bernardo de Weimar debía recibir con las mismas condiciones los arzobispados y obispados de la Franconia, y el duque de Wurtemberg todos los bienes eclesiásticos y los condados austriacos que estaban enclavados en sus Estados. El mismo Oxenstiern se indignó de esta cobarde codicia.

«Que se depositen estos documentos en nuestros archivos, les dijo á los suyos; quiero que ellos enseñen á la mas remota posteridad, que los príncipes del imperio no se han avergonzado de pedir semejantes cosas á un caballero sueco, y que este caballero ha sido bastante poderoso para concederlas en el territorio alemán, á soberanos alemanes.»

Inmediatamente después de la victoria de Lutzen, las tropas de la Sajonia y del Lineburg se habian unido á los suecos y el ejército reunido de este modo expulsó á los imperiales de toda la Sajonia. Según las nuevas disposiciones del partido protestante, se hizo indispensable el dirigir sus fuerzas sobre diferentes puntos á la vez: los sajones marcharon por consiguiente á la Lusacia y Silesia, donde el conde de Thurn debía dirigir sus operaciones contra el Austria. Una parte de las tropas suecas, mandadas por el duque Bernardo de Weimar, volvió á Franconia, y el duque Jorge de Brunswick condujo la otra á la baja Sajonia y á la Westfalia.

Cuando Gustavo Adolfo se vió precisado á dejar las orillas del Danubio y del Lech para marchar en auxilio de la Sajonia, confió la defensa de estos puntos importantes al



condé palatino de Birkenfeld y al general sueco Banacr; pero estos dos gefes fatigados por los continuos ataques de los bávaros y sobre todo del general imperial, se vieron muy pronto reducidos á la necesidad de pedir refuerzos, y el general Horn, aunque ocupado en Alsacia, se apresuró en el acto á ir á auxiliarios.

Estas tropas reunidas ascendian á diez y seis mil hombres, y sin embargo, no pudieron impedir al enemigo el establecerse en las fronteras de la Suabia, apoderarse de la ciudad de Kempten, y recibir de Bohemia un refuerzo de siete regimientos. Para conservar despues de estos reveses, las conquistas hechas en Baviera, era preciso abandonar la Alsacia que el general Horn habia sometido y donde habia logrado poner guarniciones suecas en las ciudades de Benfeld, Schelestadt, Colmar y Hagenan. Despues de su partida, el rhingrave Oton Luis encargado de la defensa de este país, en el que se sostenia con trabajo, recibió la orden de marchar sobre el Danubio. A pesar de este nuevo refuerzo el general Banner se vió obligado á llamar en su ayuda al duque Bernardo de Weimar. Este general, que desde el principio de la campaña de 1633 ocupaba el territorio de Banberg, se puso en marcha en el acto, derrotó al paso á un cuerpo bávaro mandado por el general Juan de Werth y efectuó su union con Banner cerca de Donawerth. Este ejército, que era ya tan imponente por su número como por el talento y valor de los jefes que lo mandaban, amenazaba la Baviera de una completa invasion. Ya se habia apoderado del obispado de Eichstadt, é Ingolstadt estaba próximo á experimentar la misma suerte, sin que el general Altringer pudiera oponer mas que una resistencia débil é indecisa; porque las órdenes de Wallenstein le prohibian toda accion decisiva. Tantas

circunstancias favorables autorizaban al ejército sueco á contar con un triunfo próximo y brillante, cuando de repente se encontró paralizado por una insurreccion del cuerpo de los oficiales. La Suecia debia todo lo que era á la disciplina, á la perseverancia y al valor de su ejército, sus fatigas se aumentaban con la temeridad de las empresas de los generales y las combinaciones del gabinete, las cuales sin la buena voluntad que lo animaba, no hubieran sido mas que inútiles proyectos. Los soldados conociendo su importancia, se creyeron al fin con derecho á pedir su parte en las conquistas que habian comprado tan caro á espensas de su sangre. Pero las necesidades del Estado y mas que todo la codicia de los jefes, lo absorbió todo; y el ejército que ni siquiera recibia con regularidad su sueldo, no tenia otra recompensa que el saqueo ó un ascenso que en aquella época ya se obtenia frecuentemente por medio de la intriga con desprecio de los derechos adquiridos. El respeto mezclado de temor que inspiraba Gustavo Adolfo habia reducido al silencio su justo descontento; pero despues de su muerte las murmuraciones se hicieron oír en todas partes y finalmente estallaron como reclamaciones imperiosas en el mismo momento en que mas que nunca se tenia necesidad de la fidelidad y obediencia del ejército. Pfuhl y Mitschefful, dos oficiales que se habian hecho notar hacia mucho tiempo por su carácter inquieto y sedicioso, insurreccionaron el campamento sueco de las orillas del Danubio.

«Todos los dias, les decian á sus camaradas, se imponen contribuciones á los príncipes alemanes, sin que jamas veamos la mas pequeña parte de esas sumas inmensas que nuestros gefes se dividen entre sí. Miétras de que nos obligan á caminar al traves de las nieves y de los hielos, sin que



«una sola vez se levante para compadecer nuestras fatigas ó celebrar nuestro valor, se declama en el congreso de Heilborn contra los excesos del ejército, sin reflexionar que supuesto que no se avergüenzan de dejarlo morir de hambre y de frio, es natural que él procure alimentarse y entrar en calor. Los sabios, en sus escritos que se leerán en todo el mundo, hacian grandes elogios del génio y del valor de nuestros generales: pero ni uno solo de entre ellos, dice que tantos triunfos como han conseguido no son debidos sino á la fuerza de nuestros brazos y al valor que nos anima.»

Estos discursos sedujeron á la mayor parte de los oficiales, los que hicieron el juramento solemne de no obedecer ninguna órden superior ántes de que se pagasen á las tropas los sueldos que se les debian y se diese á cada uno de ellos una gratificacion proporcionada á su clase, en dinero, ó bien repartiéndoles las tierras conquistadas. Las prudentes observaciones de Bernardo de Weimar no produjeron ningun efecto y la severidad de los generales suecos solo sirvió para aumentar la exaltacion de los amotinados. Exigieron que se designase para cada regimiento una ciudad alemana encargada de pagarle en un plazo fijo lo que se le debia, y declararon que si en el término de un mes el canciller no hacia plena y entera justicia á su peticion, ellos sabrian encontrar el modo de pagarse por sí mismos, y jamas desenvainarian la espada en defensa de la Suecia.

Esta imperiosa reclamacion, hecha en un momento en que las arcas estaban vacías, inquietó sériamente á Oxenstiern, quien comprendió que si se desafiaba el espíritu de rebelion podia cuadir al ejército entero y reducirlo á la triste situacion de encontrarse repentinamente sin soldados en medio de un país enemigo, y sin embargo, estaba en la imposibilidad

material de satisfacer aquellas reclamaciones. El duque Bernardo de Weimar, que se habia captado la confianza y el afecto de las tropas, por su valor, su talento y la afabilidad de su carácter, era el único que ejercia bastante influencia sobre ellas para apaciguar esta sedicion. El canciller sabia esto, y por lo mismo lo encargó de esta empresa, pero ántes de aceptar se aprovechó el duque de la importancia momentánea que le daba esta situacion para conseguir algunas ventajas que en cualquiera otra ocasion no se hubiera atrevido á pedir.

Gustavo-Adolfo le habia prometido un ducado, que se compondria de los arzobispados reunidos de Bamberg y de Wurtzburg; no solamente exigió la realizacion inmediata de esta promesa, sino tambien el título y la autoridad de generalísimo de todos los ejércitos suecos en Alemania. Este abuso de una posicion ventajosa que no debia sino á la casualidad, indignó de tal modo á Oxenstiern, que en el momento de su cólera mandó decirle que la Suecia no necesitaba de sus servicios. Pero arrepintiéndose casi en el acto de este paso impolitico, se limitó á negar al duque Bernardo bajo un pretexto decoroso, y solo por entónces, el mando en gefe, pero le cedió á título de feudo de Suecia los obispados prometidos, los cuales estaban ocupados ya por sus tropas. Al mismo tiempo se obligó en nombre de su gobierno, á sostenerlo en la posesion de sus Estados, á condicion, sin embargo, de que las fortalezas de Wurtzburg y de Koemgshof recibirian guarniciones suecas. Satisfecho de este arreglo el duque Bernardo, arengó á los amotinados, hizo brillantes promesas al ejército y terminó por calmar la insurreccion distribuyendo él mismo entre los soldados fuertes sumas de dinero y tierras cuyo valor ascendia á mas de cinco millones



de reichsthaler, y sobre las cuales la Suecia no tenia otros derechos que el de conquista.

Por medio de semejantes sacrificios se logró restablecer la disciplina y reanimar el valor del ejército. Pero habia pasado el momento de emplearlo con utilidad en Baviera; se separaron, por lo mismo, y cada general condujo sus tropas á las provincias donde esperaban alcanzar nuevos triunfos aunque á costa de grandes peligros. El general Horn sorprendió el Palatinado, conquistó la nueva Marca y avanzó hasta las fronteras de la Suabia, donde los imperiales habian reunido fuerzas considerables con la intencion de invadir el Wurtemberg. Al acercarse los suecos se retiraron inmediatamente hasta las orillas del lago de Constanza, enseñando de esta manera al enemigo un camino que hasta entónces le era desconocido. Gustavo Horn comprendió la necesidad de poseer una plaza fuerte á las puertas de la Suiza, para poder establecer relaciones con los diferentes cantones de esta república. La ciudad de Kostnitz le pareció propia para este objeto y se dispuso á sitiaria. No teniendo consigo artillería de sitio, tuvo que hacerla conducir de Wurtemberg, lo que dió tiempo á los imperiales de socorrer la plaza, que ademas tenia la ventaja de recibir con facilidad los víveres que necesitaba por el lado del lago. Despues de algunas tentativas inútiles, el general Horn dejó esta comarca para dirigirse á las orillas del Danubio, á donde lo llamaba un peligro inesperado.

Cediendo á las incesantes súplicas del emperador, el cardenal infante, hermano de Felipe IV y gobernador de Milan, habia formado un ejército de catorce mil hombres enteramente independiente de Wallenstein, para defender los intereses del Austria en las orillas del Rhin y á la vez proteger

la Alsacia. Este ejército, mandado por el duque de Feria, general español, acababa de entrar en Baviera. Queriendo utilizarlo en el acto contra los suecos, Fernando violó por la primera vez abiertamente el compromiso que tenia con Wallenstein, de no ejercer ninguna autoridad concerniente al ejército; porque ordenó al general Altringer que se uniese á los italianos con todas las tropas que mandaba.

Informado de estas disposiciones, el general Horn llamó al conde palatino Birckenfeld donde estaba estacionado: los dos ejércitos se reunieron en Stockach y avanzaron atrevidamente al encuentro del enemigo. Este, que constaba de mas de treinta mil hombres, habia pasado ya el Danubio, y atravesando la Suabia se encontró tan cerca de los suecos que lo esperaban para presentarle batalla, que los dos ejércitos apenas estaban separados el uno del otro por la distancia de media legua. El duque de Feria sin embargo de esto continuó su marcha, pasó por el país de los grisones y entró al Brisgen y á la Alsacia, á donde llegó muy á tiempo para hacer levantar el sitio de Brissae y detener el curso de las victorias del ringrave Oton Luis, quien secundado por el conde palatino de Birckenfeld habia conquistado el país de los grisones, sometido el bajo Palatinado y derrotado al duque de Lorena.

Forzado á ceder ante la superioridad del enemigo que habia venido á sorprenderlo, el ringrave no tardó mucho en vengarse; porque con los refuerzos que en breve le llevaron los generales Horn y Birckenfeld volvió á conquistar la Alsacia y recobró todas sus ventajas. Durante su retirada, los italianos fueron sorprendidos por los primeros frios del invierno, los que causaron tantos estragos en ellos, que casi todos perecieron; y su general el duque de Feria se afijió tanto del mal éxito de la campaña que murió de pesar.



Por su lado el duque Bernardo de Weimar, al frente de diez y ocho regimientos de infantería y de ciento cuarenta porta-estandartes, había tomado una posición en las orillas del Danubio, desde donde podía proteger la Franconia, y observar los movimientos de los austriacos. Había procurado aprovecharse de este modo de la falta que había cometido el general Altringer abandonando su campamento para ir al encuentro de los italianos. Como no tenía ya nada que temer de este adversario pasó rápidamente el Danubio y se adelantó hasta los muros de Ratisbona. El general Tilly y Gustavo-Adolfo habían comprendido la importancia de esta ciudad, porque el primero en su lecho de muerte había recomendado á su soberano el conservarla á cualquier precio, y el segundo había sentido siempre el no haberse podido apoderar de ella. Al saber que el duque Bernardo si disponía á sitiarse, Maximiliano se sobrecogió de terror. Quince compañías nuevamente reclutadas componían toda la guarnición de esta ciudad y apenas bastaban para contener á los habitantes que veían á los bávaros como los enemigos de su religión y de sus privilegios. La presencia del duque Bernardo al pie de sus murallas, les causó una alegría, que estaba dispuesta á convertirse en abierta rebelión y que no podía dejar de facilitar á este general la rendición de la plaza. En esta extremidad, el elector pidió un refuerzo de quince mil hombres, que Fernando le concedió sin dificultad. Con este objeto, la corte de Viena expidió sucesivamente siete correos al duque de Friedland, quien prometió enviar sin demora las tropas que se le pedían y escribió al elector de Baviera para advertirle que el general Gallas se había puesto ya en marcha con doce mil hombres. Este general recibió, en efecto, la orden oficial de marchar sobre el Danubio, pero Wallenstein le envió al

mismo tiempo otra orden secreta en la que le prohibía el alejarse del punto que ocupaba bajo pena de muerte.

Lleno de confianza en el socorro prometido, el comandante de Ratisbona hizo á toda prisa sus preparativos de defensa, desarmó á los protestantes para imposibilitarles de impedir los movimientos de la guarnición, é hizo venir á todos los aldeanos católicos de los alrededores y los incorporó á sus tropas. Entre tanto el refuerzo no llegaba, y la artillería batía tan fuertemente las murallas de la ciudad, ya medio arruinadas en algunos parages, que la guarnición se vió en la necesidad de pedir una capitulación honrosa, la que en efecto obtuvo para sí, abandonando á los funcionarios bávaros y al clero católico á la discreción de los vencedores.

La toma de Ratisbona dió un nuevo impulso al génio activo del duque Bernardo, y bien pronto la Baviera le pareció un círculo demasiado estrecho para contener sus audaces proyectos. Resuelto á penetrar hasta el corazón del Austria, donde podría sublevar contra el emperador á todas las poblaciones protestantes, confió á un general sueco el cuidado de someter las orillas setentrionales del Danubio y se adelantó á las fronteras del Austria. Desafiando con sus intrépidos suecos los rigores de la estación, tomó la ciudad de Straubinger y atravesó el río Isar casi á la vista del general bávaro de Werth. Aterrorizadas las ciudades de Passau y de Lintz, se disponían á abrir sus puertas á la primera intimación del enemigo, y el emperador redoblaba sus súplicas y sus órdenes á Wallenstein para que fuese en socorro de la Baviera y del Austria. Felizmente para Fernando, el mismo duque Bernardo puso un término á sus conquistas.

El punto hasta donde había avanzado era muy difícil de sostener, tenía al frente al río Inn, defendido por una multi-